

Este texto analiza el vínculo entre comunicación y educación. Se pregunta por las alternativas de participación e interacción en la práctica de la enseñanza y el aprendizaje, en relación con tres ámbitos: la educación formal, la educación informal y la educación no formal. Habla de la “deriva del aprendizaje” en una época signada por los cambios, ante lo cual es necesario repensar viejas fórmulas y buscar alternativas acordes con una realidad que se transforma a escala planetaria. La propuesta, en esencia, es simple: educar en la interacción, en la participación y en la comunicación, rescatando la experiencia de educadores y educadoras abiertos al universo de lo no formal e informal.

EDUCAR EN TIEMPOS DE DERIVA DEL APRENDIZAJE ¹

Aceptar la responsabilidad de una clase inaugural en una Facultad como la nuestra supone, desde mi mirada, una toma de posición frente a las maneras de educar en estos tiempos de deriva del aprendizaje. Y no hay toma de posición que se precie de tal si no se basa en la respuesta a la siguiente pregunta:

¿Desde dónde hablo?

El *desde dónde* pide una referencia a las ideas, a la percepción de la práctica que nos sostiene en la existencia. Desde la década del 70 formo parte de un movimiento latinoamericano empeñado en preguntarse por las relaciones entre la educación formal, no formal e informal, en el entendido de que la primera no es suficiente para resolver las necesidades y demandas de aprendizaje de la totalidad de la población. Dentro de ese movimiento, he trabajado en la mayoría de los países de la región, en un intento permanente de vincular la comunicación y la educación; es desde tal intento de vínculo que hablo hoy aquí. Un movimiento en busca de alternativas de participación y de interacción en la práctica de la enseñanza y el aprendizaje, en el entendido de que se aprende de manera activa y creativa y se aprende siempre desde la propia cultura y desde la propia experiencia. Es desde el marco de esa búsqueda que hablo hoy aquí.

El *desde dónde* significa también un reconocimiento a aquellos que en esta Facultad dejaron huellas en mi formación. Menciono al profesor Adolfo Atencio, con quien aprendí a amar la pedagogía; al profesor Adolfo Ruiz Díaz, con quien profundicé mi amor a las palabras; al profesor Vicente Cicchitti, de cuyo espíritu siempre inquieto aprendí que no hay aprendizaje posible sin la pregunta y la admiración; al entrañable profesor Ludovico Ceriotto, con quien sentí la virtud de la generosidad intelectual, y al profesor Arturo Roig, quien me hizo vivir la necesidad del rigor intelectual y me honró con su amistad.

En torno a la deriva

He denominado a esta presentación “Educar en tiempos de deriva del aprendizaje”. No siempre esas palabras aparecen juntas. Voy a transitar muy

brevemente los aportes de algunos autores para aclarar por qué elegí el término “deriva”, que a primera vista puede resultar algo extraño al hablar de aprendizaje. Apelaré a la etimología, al diccionario español y a la biología. De la primera tenemos el significado de acción de desviar, de cambiar el curso de las aguas; pero también de encaminar, dar otra dirección. El diccionario de la Real Academia nos habla de algo sin dirección fija, a merced de las circunstancias; pero además de conducir algo de una parte a otra.

Veamos ahora el uso del término en la biología, a través de la obra de Humberto Maturana², científico chileno a quien mucho debemos en la reflexión sobre la condición humana desde aquella disciplina:

“... dado que el derrotero del desplazamiento de un sistema viviente en el medio es generado a cada momento como resultado de sus interacciones con el medio en tanto entidad independiente mientras que su organización y adaptación se conservan, el desplazamiento de un sistema viviente en un medio mientras realiza su nicho tiene lugar en forma de ir a la deriva. Los sistemas vivientes existen en una continua deriva (deriva ontogenética) estructural y posicional mientras estén vivos en razón de su propia constitución³.”

Entiendo por “deriva del aprendizaje” los cambios de curso de este último, las nuevas direcciones que toma o puede tomar, las variaciones producidas en su derrotero merced a las circunstancias, dentro de la deriva de una existencia humana en determinado nicho social, como resultado de las interacciones con el medio en que se existe.

Remarco aquí el sentido de cambio de rumbo, de ir por momentos, y muchos, movido por las circunstancias, de conservarse en y adaptarse a determinado nicho social. Nadie puede hoy aspirar a una línea recta de aprendizaje a lo largo de su existencia; nadie puede predecir qué aprendizajes sobrevendrán y cuáles quedarán fuera de esa deriva. El estallido de los límites de las disciplinas, el vértigo de la transformación de los ámbitos de aprendizaje, las presiones económicas y políticas en contra de la cultura y de la educación, que no cesan de aparecer, cambian una y otra vez el escenario.

Como ideal el aprendizaje debería sostenerse siempre en el plano individual y colectivo, “siempre” significa aquí a lo largo de cada existencia y del conjunto de existencias de determinada formación social. Digo “como ideal”, porque en esa deriva de las existencias hay hasta posibilidades de abandono de la voluntad de aprender. Lo expreso con Habermas:

“Creo que el mecanismo fundamental de la evolución social en general consiste en un automatismo de no-poder-dejar-de-aprender: lo que en el nivel de desarrollo socio-cultural requiere explicación no es el aprendizaje, sino la falta de él. En ello consiste, si se quiere, la racionalidad del hombre y, de rechazo, es también lo que revela la irracionalidad, donde quiera que prevalece en la historia de la especie⁴.”

Añade el autor que el desarrollo de una sociedad (y de un individuo decimos nosotros) depende de la capacidad de aprendizaje de la misma.

El Movimiento de Los Sin Techo, en la provincia de Santa Fe, viene trabajando con sectores sociales castigados por la desigual distribución de la riqueza en nuestro país. Entre sus numerosos proyectos, se cuentan iniciativas de cursos de oficios para ofrecer a pobladores alternativas laborales. Uno de los problemas que a menudo enfrentan los organizadores de este tipo de cursos es la falta de voluntad de aprender de gente joven. El proceso de deterioro de la propia vida llega en no pocos casos a extremos tales que se lastima la voluntad de aprender⁵.

El ejemplo (que no debemos dejar restringido a los marginados y excluidos del reparto de la riqueza) nos permite reconocer la pérdida de motivación hacia el aprendizaje, en razón de que determinado individuo o grupo social no le ven sentido.

Necesitamos aclarar aquí que estamos aludiendo a un tipo de aprendizaje, porque hay otros que no cesan de producirse. Nadie puede dejar de aprender, pero las variantes suelen ser a menudo dolorosas. Un ejemplo: cuando la sociedad arroja a la calle a un anciano o a una anciana, éstos, para sobrevivir, se ven obligados a aprender formas de relación más que dolorosas, como las que corresponden a determinadas técnicas de mendicidad, que abarcan desde la corporalidad hasta modos de hablar.

En términos de Habermas, el aprendizaje significa un impulso a elevar las condiciones de vida y de relación social. La deriva puede llevar a que, en determinadas situaciones y contextos el ideal retroceda, incluso no sólo a escala de una sociedad, sino dentro de determinadas instituciones.

Las preguntas que aquí no puedo dejar de hacer son las siguientes:

- ¿qué nos sucede con el aprendizaje en nuestras instituciones educativas?
- ¿en qué ámbito de deriva del aprendizaje nos movemos en estos tiempos de radicales transformaciones?

El aprendizaje en totalidad

El título de mi presentación habla de “tiempos de deriva”. Tal expresión busca acentuar que en estos años de comienzos del milenio los márgenes de la deriva se han ampliado muchísimo, en razón de lo que venimos viviendo con las tecnologías y los cambios sociales.

En la deriva del aprendizaje dentro de la deriva de cada existencia, son reconocidos tres ámbitos:

- ⇒ Educación informal.
- ⇒ Educación no formal.
- ⇒ Educación formal.

Acerquemos algunas caracterizaciones:

Se considera educación informal a todo conocimiento libre y espontáneamente adquirido, proveniente de personas, entidades, medios masivos de comunicación, tradiciones, costumbres y comportamientos sociales.

La educación no formal es definida como el proceso de apropiación de conocimientos, actitudes y destrezas, que no abarca la educación formal, y que se produce de manera paralela a ésta para determinadas poblaciones, utilizando una mayor flexibilidad en el calendario.

La educación formal se explica como un proceso integral correlacionado que abarca desde la educación inicial hasta la educación superior. Educación institucionalizada, sujeta a un currículum, a horarios, a espacios, a controles y rendimientos.

Estamos hablando ahora desde y en el espacio de la educación formal. Las derivas existenciales de quienes compartimos esta sala corresponden a lo institucionalizado, a un currículum, a horarios y ambientes tan naturales para nosotros como la luz y el aire. Estamos hablando desde y en la universidad.

¿Qué sucede con los otros aprendizajes? Si a escala del planeta se cuentan mil millones de personas analfabetas, tenemos que reconocer una sexta parte de la población mundial ajena a la educación formal.

Si se añaden los cientos de miles que sólo han terminado los estudios primarios, nos toca comprender que el ámbito de educación formal llamado universidad recibe a una minoría de los seres de esta Tierra a la deriva por el espacio.

Las cifras en la Argentina son por demás claras: 37.000.000 de habitantes contra 1.273.196 alumnos en universidades nacionales y 226.474 en privadas, lo que hace un total de 1.463.670⁶, menos del 5% de la población general.

Más de 960.000 argentinos nunca fueron a la escuela. La cifra de graduados universitarios es de 1.142.151, con lo que los analfabetos son casi equivalentes a los egresados de nuestras instituciones. 3.695.830 nunca terminaron la primaria, caídos se encuentran esos seres en la categoría de analfabetismo funcional; todo esto al año 2004.

Nos corresponde reconocer, entonces, la existencia de casi cinco millones de compatriotas cuya deriva del aprendizaje se vive fundamentalmente en la educación informal, cifra que alude a casi el 14 % de la población total.

Ya lo expresaron en su momento Los Sin Techo: en Santa Fe hay más analfabetos que graduados universitarios; desde el punto de vista educativo, la sociedad tira hacia abajo⁷.

De las virtudes a las carencias

¿Y la educación no formal? ¿Representa una alternativa para esos sectores de la población?

En la deriva histórica del aprendizaje, las virtudes de ayer son las carencias de hoy. La Argentina tuvo hasta mediados de la década del 70 el más digno sistema de educación presencial de la casi totalidad de los países latinoamericanos. Me tocó la fortuna de crecer en ese sistema. Ingresé a la escuela primaria en 1948 y egresé de esta Facultad en 1968. Viví la educación ofrecida por un Estado que se ocupaba de mí, que me ofrecía todas las alternativas necesarias para el aprendizaje.

Viví ese tipo de Estado mientras duró. Lo expreso con palabras de Jorge Ortiz, director del Hospital El Sauce, pronunciadas para marcar dos momentos claves de nuestra patria: “En la Argentina pasamos del período caracterizado por los únicos privilegiados son los niños al de cirugía mayor sin anestesia. Conocemos esas expresiones. La primera correspondió a la década del 45 al 55; la segunda a la década del 90, con antecedentes esta última en los años 70.

Quiero referirme, dentro de lo que implica la deriva del aprendizaje, de recursos para el aprendizaje, a lo que significó la destrucción de la industria editorial argentina comprometida con la educación por parte del gobierno militar que irrumpió en 1976. En un pueblo de Guatemala dialogué hacia 1999 con una persona de mi edad: ¿Usted es argentino? Yo conozco mucho de su país. No, no fui nunca, pero aprendí a leer con la revista Billiken. Me gustaba la figura de Sarmiento, nosotros no tuvimos nunca en estas tierras un Sarmiento. En Guayaquil, el escritor ecuatoriano José Donoso Pareja me decía hace unos tres años: mi papá trabajaba en el puerto; cuando llegaban los barcos argentinos traían carne, cereales y libros, muchos libros, con ellos me inicié en las letras. Nuestro país, anclado en el sur, era un norte para la educación, no sólo por lo que irradiábamos, sino también por la presencia constante de jóvenes que venían a formarse en las aulas universitarias.

Hasta mediados de la década del 70 tuvimos una educación formal dignísima, en un contexto latinoamericano donde países enteros carecían de los maestros y los espacios necesarios para atender el aprendizaje de sus niños y niñas.

Retomo la pregunta: ¿y la educación no formal? Nuestra virtud de entonces es nuestra actual carencia. Como teníamos ese vigoroso sistema formal, no nos hizo falta desarrollar alternativas compensatorias para amplios sectores de la población excluidos de las aulas. Y cuando necesitamos esas alternativas, hoy y ya en las décadas del 90 y del 80, por destrucción de las bases de ese

sistema formal debido a políticas internacionales y nacionales de corte neoliberal, nos encontramos con las manos vacías, por falta de experiencias y de tradición en búsquedas dentro de ese tipo de educación.

En América Latina hay una larga y fecunda escuela de educación no formal, cimentada en la acción y el pensamiento de educadores que abrieron caminos para el aprendizaje fuera de las aulas, forzados por las circunstancias, por el desamparo educativo de millones de niños, niñas y adultos.

El aprendizaje informal

Con una educación formal que no alcanza a cubrir las necesidades de la población, con una débil educación no formal, nuestra patria ha vivido en las últimas décadas profundas transformaciones en lo que tradicionalmente se conocía como educación informal.

Retomemos la caracterización:

Se considera educación informal todo conocimiento libre y espontáneamente adquirido, proveniente de personas, entidades, medios masivos de comunicación, tradiciones, costumbres y comportamientos sociales.

Ese conocimiento “libre y espontáneamente adquirido”, en el cual no podemos dejar de reconocer posiciones ante la realidad (modos de relación, valores, actitudes) tiene como matriz fundamental la vida cotidiana, expresada en todas las formas de familia que se viven en la actualidad. Digo “todas las formas” porque la familia se ha transformado hasta el vértigo en los últimos años, de manera especial por el debilitamiento de los vínculos.

Los maestros conocen de cerca las consecuencias de tal debilitamiento:

"Muchos chicos están muy abandonados afectivamente, se los nota muy solitos. En las casas en las que se habla poco, no los acompañan a sus actividades, no se comparte. Hay dos aspectos que me sorprenden mucho: que manden a los chicos con fiebre, conjuntivitis, obligando a la escuela a cumplir una función que no le compete. Menos de la mitad trae la vianda como corresponde. Los chicos comen cualquier porquería y muchos no desayunan y se sienten cansados a media mañana (también porque los padres los dejan mirar tele hasta tarde)", dice Leticia Balsarini, maestra de un colegio de Recoleta⁸.

Venimos hablando desde hace años de las cadenas de abandono: niños, niñas y adolescentes abandonados por sus padres; padres abandonados por el Estado y sus clases dirigentes...

Un segundo componente de la educación informal está representado por los medios masivos de comunicación. Participo desde mediados de la década del

60 en reflexiones y movimientos dedicados a buscar alternativas a la oferta de la cultura mediática, especialmente la televisiva. Nuestras sociedades no saben qué hacer con ella; una escuela paralela que, en el terreno de lo informal, hace y deshace. Se ha pretendido matizar tal influencia, con el argumento de que no debemos exagerar, los medios no siembran percepciones y actitudes similares, cada quien tiene su manera de reaccionar ante ellos. Pero lo más cercano a una comprensión de lo que sucede está representado por la propuesta conceptual referida al “espesor cultural de una familia o de un grupo social”⁹. Se entiende esa expresión como espesor en oportunidades de diálogo, de interacción, de recreación, de actividades en común, de compartir, en suma. A menor espesor, mayor posibilidad de estar a merced de la oferta de la cultura mediática.

Pero no sólo nuestras sociedades no saben qué hacer con tal oferta. A los sucesivos dueños del poder en el estado argentino les ha temblado la mano al referirse a lo que tales medios deberían aportar a la educación. La Ley Federal de Educación menciona los medios de comunicación, dentro de un genérico “se dispondrá de espacios televisivos y radiofónicos.”

En la Ley de Educación Superior la ausencia de referencias es total. Lo más cercano a lo que nos convoca en este encuentro, es la palabra “extensión”, que la inmensa mayoría de nuestras universidades continúa utilizando a más de 30 años de la publicación del libro de Paulo Freire *¿Extensión o comunicación?* La palabra “extensión” aparece en el artículo 29 “Formular y desarrollar planes de estudio, de investigación científica y de extensión y servicios a la comunidad”. En el Art. 44, cuando se habla de la evaluación de las funciones de docencia, investigación y extensión. En el Art. 65, cuando se alude a los medios económicos necesarios para cumplir con esas funciones. Y en el Art. 73, referido a consejos de universidades estatales y privadas, con idénticos fines. Ni la educación no formal, ni la educación informal son tema de la educación superior, según la ley.

En los objetivos de la gestión educativa 2003-2007, del Ministerio de Educación, Cultura y Tecnología, se plantea, punto 6, un “principio de educación para toda la vida, integrando al sistema educativo a los niños y niñas desde los 45 días, a los jóvenes y adultos históricamente marginados y a la población con necesidades educativas especiales.” Se trata de 20 puntos, sólo en el 16, referido a programas específicos para el desarrollo de la lectura, se habla de “convocar a los medios de comunicación a fin de apoyar las actividades educativas...”

El abismo entre la educación formal y esta inmensa maquinaria de educación informal no es para nada resultado de casualidades.

Pero hay más en la educación contemporánea: los sistemas planetarios de comunicación han abierto una alternativa fantástica, cimentada desde mediados de la década del 90. Me refiero a Internet, espacio infinito para la práctica de la educación no formal y para la oferta de la informal.

Si uno coloca en el buscador Google la palabra “tutorial” aparecen 344.000.000 de sitios. Apenas si me he aventurado en esa jungla digital. Está en ella todo lo que usted quiera hacer solo en su casa guiado por el programa, está todo lo que usted quiera aprender durante esta corta existencia humana. Está la estafa, pero también propuestas impecables. La escuela paralela, con estructura en sus cursos, con tutores incorporados al programa y con tutores verdaderos, existe por todas partes.

Ahora coloque usted la expresión “cursos on line” y tendrá 1.870.000 sitios.

Ahora "learning on line", 155.000.

"Aprendizaje on line", 27.200.

Y, en fin, puede usted abrir el OpenCourseWare del Instituto Tecnológico de Massachussetts, un sitio en el cual encontrará, hasta ahora, 500 cursos para trabajo en línea sobre temas fundamentales para acercar la universidad a la sociedad. Decimos “hasta ahora 500” porque el MIT pretende llegar a 2000 al año 2007, con una inversión en seis años de 100 millones de dólares.

Cada curso muestra una planificación y una producción impecables, con un valioso diseño para el trabajo a distancia; lo que significa una sólida base pedagógica.

Estamos ante una forma ideal de un acceso ilimitado al conocimiento, pensado éste con criterio pedagógico, para promover y acompañar aprendizajes, para fomentar el autodidactismo y para impulsar ese no-poder-dejar-de-aprender al que alude Habermas.

Hago referencia con estos ejemplos a materiales subidos a la red con un propósito educativo. No tengo el tiempo necesario en esta presentación para hablar del abanico de opciones para el aprendizaje informal, más infinito aún que los 344.000.000 millones de alternativas abiertas con la palabra “tutorial”. Tampoco es ésta la oportunidad de referirme a los riesgos de la cibercultura, Internet es tan maravilloso y perverso como cualquier sociedad. Desconocer sus posibilidades para el aprendizaje, desconocer que para nosotros ese ámbito es una suerte de destino, es no comprender demasiado lo que nos viene sucediendo en esta primera década del milenio.

Reconocernos como educadores

Dejé pendientes estas preguntas:

- ¿qué nos sucede con el aprendizaje en nuestras instituciones educativas?
- ¿en qué ámbito de deriva del aprendizaje nos movemos en estos tiempos de radicales transformaciones?

Frente a estas realidades, frente a tanta exclusión social, frente a tantos caminos abiertos por la red digital, frente a la presión de la cultura mediática, frente a la emergencia de nuevos sujetos sociales que reclaman reconocimiento, la cuestión es si podemos seguir empeñados en los límites de una educación formal que, si no hace aguas por todos sus rincones, está siendo interpelada de manera cada vez más intensa en las últimas décadas. La deriva social y la deriva del aprendizaje representan constantes marejadas que pueden llevarse hasta los cimientos de nuestras instituciones, las cuales, en lo que se refiere a una educación pública y gratuita, se salvaron en la década del 90 sólo porque los dueños del poder no querían abrirse otro foco de conflicto. Se salvaron a medias, lo sabemos y lo sentimos. Quiero decir con esto que quedamos un tanto al margen de los violentos procesos de desinstitucionalización vividos por la casi totalidad de las empresas del Estado. Quiero decir también que, en estos tiempos de deriva constante, nada ni nadie nos asegura que tales embates no se produzcan en el futuro.

Dejo abierto lo siguiente:

→ ¿es posible en la actualidad seguir haciendo sólo educación formal?

Traigo ahora la primera palabra del título de esta presentación. Dije desde un comienzo “educar en tiempos de deriva del aprendizaje”. Podría haber empleado otros términos: enseñar, por ejemplo. O “ser docente”. O “administrar la educación”. O “trabajar sobre competencias”...

Me quedo, hoy más que nunca, con la palabra *educar*. Ante la realidad de la deriva del aprendizaje, ante el caos del sistema de enseñanza argentino, ante las violentas transformaciones sociales, ante la complicación al infinito de las fuentes de la educación informal, ante los trescientos millones de sitios de la palabra “tutorial”, educar.

Este párrafo que acabo de expresar no tiene el más mínimo propósito retórico. No me dedicaré aquí a exaltar la figura del educador, trataré de señalar la necesidad que tenemos de aclararnos qué significa educar en esta época, dentro de la pregunta que irá apareciendo una y otra vez: ¿es posible en la actualidad seguir haciendo sólo educación formal?

El Ministerio de Educación de la Nación viene proponiendo políticas para ordenar el caos (expresado, entre otras cosas, por las 55 maneras diferentes de resolver lo que piden los primeros ciclos y el polimodal). Lo leíamos en Clarín el 23 de diciembre del año pasado: el Consejo Federal de Educación, integrado por los ministros del área de todo el país, ya tiene en sus manos el informe que propone crear un organismo nacional de formación docente, que unificará los programas y las políticas de capacitación de los maestros y profesores de todo el país. A lo que se añadía: En la Argentina hay 826.536 docentes, según el último censo nacional que realizó el Ministerio de Educación, en 2004. La cifra representa un incremento del 25,3% en la última década.

Digámoslo así: un organismo nacional de formación docente para llegar a casi un millón de personas. Claro que una cantidad tan general puede llamarnos a engaño. Por ejemplo, en nuestra Universidad Nacional de Cuyo alrededor del 50% de sus educadores, unos 1900, se han capacitado para la docencia. No todas las universidades están en situación de exhibir datos similares, pero si forzamos una proyección podríamos afirmar que en el orden nacional, en todos los niveles del sistema educativo, haría falta incluir a medio millón de personas en ese esfuerzo de formación. Tarea de gigantes, para más de una década, sin duda.

Y no se trata de ofrecer cursos a mansalva, como nos sucedió en los noventa, sino de trabajar en un impulso a lo pedagógico dentro de cada establecimiento educativo. Quiero reafirmar aquí la necesidad de la pedagogía en nuestros establecimientos educativos. Hemos vivido en muchas ocasiones la tensión entre lo pedagógico y lo disciplinar, en el sentido de que en los profesorados se exagera lo primero en detrimento de lo segundo. Podríamos discutir algunas líneas de aprendizaje, algunos puntos que deberían ir o no ir en tal o cual programa. Pero no sólo no dudamos para nada de la necesidad de lo pedagógico en la formación de los educadores, sino que extendemos ese requerimiento a todas las funciones de la universidad. La universidad tiene la obligación de hacer pedagogía cuando enseña a sus estudiantes, cuando investiga y cuando proyecta a la sociedad sus conocimientos (para lo cual necesita, inexorablemente, aprender de ella). No aceptamos la división entre educar aquí y no allá, como si se pudiera separar la vocación por el aprendizaje en compartimentos sin comunicación alguna.

La vida es eso que pasa...

Dedicaré esta última parte de mi presentación a hablar de lo que, desde mi mirada, habría que tomar en consideración para impulsar el aprendizaje en nuestras y nuestros educadores. Parto para ello de una preciosa frase de una de las figuras más notables y queridas del siglo XX, John Lennon: "La vida es eso que pasa mientras estás haciendo otra cosa".

Juguemos con esa expresión: "La educación es eso que pasa mientras estás haciendo otra cosa". Precisemos más: "El aprendizaje es eso que pasa mientras como educador, como institución educativa, estás haciendo otra cosa."

Y más aún: "El aprendizaje es eso que pasa mientras estás sólo dando clases." "El aprendizaje es eso que pasa mientras te fuerzan a convertirte en investigador". "El aprendizaje es eso que pasa mientras te fuerzan a correr de un lado a otro para dar clases". "El aprendizaje es eso que pasa mientras te imponen desde las alturas qué y cómo enseñar." "El aprendizaje es eso que pasa mientras te obligan a hacer otra cosa que educar."

Al comienzo de esta exposición hablé de la necesidad de preguntar siempre a alguien que viene a ofrecer sus reflexiones, desde dónde habla. Mencione

algunos puntos que han vertebrado mi discurso durante décadas. Paso ahora a referirme a otro *desde dónde*: la Carrera de Postgrado de Especialización en Docencia Universitaria, que coordinamos desde 1995 con un querido grupo de personas con las cuales hemos vivido un riquísimo proceso de interaprendizaje. El sistema propone a nuestros colegas un diálogo constante con su práctica de educadores, para pensar, construir y comunicar desde ella.

Es desde ese enorme marco de experiencias, desde un intercambio con más de mil docentes, que dibujo a continuación algunas líneas de la formación docente que tal vez puedan ser útiles para acompañar la reflexión de ese centro de formación que proyecta el Ministerio para todo el país y también de un establecimiento como el nuestro, dedicado a la preparación de educadores.

Imagino un sistema que permita aprender de manera activa, de cara no sólo al texto, sino fundamentalmente al contexto; aprender interactuando, relacionándose, colaborando; aprender expresándose, cimentando en todo momento la capacidad de comunicación; aprender fortaleciendo sin tregua la autoestima; aprender con un referente constante: la cultura de los estudiantes; aprender practicando la educación no formal y con una referencia incesante a la educación informal; aprender en ambientes de aprendizaje, en el entendido de que uno de ellos, apenas uno, es el aula; aprender con las tecnologías digitales y sin ellas; aprender de materiales ricos en comunicación, que la ciencia (con su discurso) es necesaria pero no suficiente para la formación de nuestros educadores; aprender hoy y siempre, en el camino sin fin de la educación permanente; aprender en diálogo con uno mismo, con la propia experiencia, que nada se construye a partir de la negación de tu ser de educador; aprender de los colegas, porque si no movilizamos el capital intelectual que tenemos en cada establecimiento, poco y nada podremos hacer.

El aprendizaje para educar no es cosa de técnicos o de científicos que apenas si han pisado las aulas, es tarea nuestra, tarea de educadores que aprenden entre ellos y que apelan a la ciencia para enriquecer sus modos de hacer y de ser. Estoy proponiendo una deriva del aprendizaje de nosotros los educadores desde nosotros mismos, desde nuestra tarea cotidiana.

Una deriva que necesita de nosotros para interpelar las aulas, para, con ellas, ir más allá de ellas, porque ya no somos el único espacio donde se mueve la formidable deriva del aprendizaje en nuestro tiempo. Una deriva compartida, signada por el interaprendizaje entre nosotros y con nuestros estudiantes.

No propongo nada imposible de realizar; no propongo catedrales teóricas, ni regodeos conceptuales ni terminológicos; propongo algo tan maravillosamente simple como educar en la interacción, la participación y la comunicación, rescatando nuestra experiencia de educadores y abriéndonos al universo de lo no formal y de lo informal.

Siento hace años, y no puedo dejar de expresarlo aquí, que estamos complicando lo que en esencia tiene la dignidad de lo simple. Lo digo con palabras de uno de nuestros queridos escritores, el uruguayo Eduardo

Galeano:

"Regreso a la alegría de las cosas sencillas: la luz, la vela, el vaso de agua, el pan en la mesa que comparto. Humilde dignidad. Limpio mundo que valés la pena"¹⁰

Limpio mundo de la educación que valés la pena, precioso mundo del aprendizaje que valés la pena.

Daniel Prieto Castillo
10 de marzo de 2006

¹ Clase inaugural del ciclo 2006, Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras.

² Sigo para este tema *La realidad: ¿objetiva o construida? Fundamentos biológicos del conocimiento*, México, Ed. Anthropos, 1996, segundo volumen, p. 124 y sig.

³ Maturana, op. cit., p. 125.

⁴ Habermas, Jürgen, *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Buenos Aires, Ed. Amorrortu, 1995, p. 31.

⁵ Véase la obra del director del movimiento, padre Atilio Rosso, *Las palabras y los hechos, reflexiones sobre la pobreza, la libertad, la espiritualidad y el coraje*, Santa Fe, Impresos S. A., 2005.

⁶ Ministerio de Educación de la Nación, cifras al año 2004.

⁷ Rosso, Atilio, *Las palabras y los hechos...*, citado.

⁸ Y no sólo ella, sus afirmaciones fueron recogidas con motivo de una encuesta realizada por la consultora de D'Alessio Irol a pedido de la revista "Selecciones"; el estudio abarcó a 355 maestros de todo el país. Información del diario Clarín, 5 de marzo de 2006.

⁹ He trabajado esta línea de reflexión en distintos lugares, menciono aquí *La comunicación en la educación*, Buenos Aires, La Crujía, 2005.

¹⁰ Mi amigo Jorge Hidalgo me hizo conocer este hermoso texto.